

Entre la democracia, el liberalismo, el clientelismo y el populismo: dilemas del peronismo en la Argentina “democrática”¹

Sebastián Giménez
(UNLP/ANPCyT-CEDIS-UNSAM)

1. Introducción

Hace ya 20 años, en el Prefacio a *La vieja guardia sindical y Perón*, Juan Carlos Torre afirmaba que “el estudio del peronismo ejerce una atracción especial entre nosotros. Componente fundamental de la sociabilidad política en la que nos hemos formado, el peronismo es una vía de entrada obligada para conocer la sociedad argentina actual, sus conflictos, sus esperanzas” (Torre, [1989] 2006: 17). Hoy, la atracción que sigue suscitando este fenómeno permanece intacta. Su obstinada presencia como elemento organizador de los principales avatares políticos y su fuerte presencia identitaria en grandes sectores de la población, obligan a auscultar una y otra vez las fuerzas que lo mantienen vigente.

Como su título lo anticipa, en este trabajo trataremos de analizar los principales cambios y transformaciones experimentados por la identidad política peronista desde los años iniciales de la “transición a la democracia” hasta la actualidad. Para alcanzar nuestro objetivo no seguiremos un orden cronológico estricto; más bien, preferimos recoger algunos debates que tuvieron lugar en distintos momentos y que llevaron al peronismo a tomar posturas, debatir y, como consecuencia de ello, a transformarse.

En la primera parte reconstruimos, a través de las páginas de la revista *Unidos*, los debates suscitados al interior del peronismo en la década del '80

¹ El presente artículo recoge algunas conclusiones de mi tesis de licenciatura en sociología realizada en el año 2007.

alrededor de las relaciones y tensiones entre la tradición nacional-popular, el socialismo y la democracia. En la segunda sección nos preguntamos por las continuidades y transformaciones experimentadas por la identidad peronista en los '90; aspiramos a captar principalmente bajo qué formas seguía presente esta identidad en un contexto marcado por el neoliberalismo y el clientelismo. Finalmente, en la última sección aventuramos algunas hipótesis sobre la recomposición del peronismo bajo el liderazgo kirchnerista en el período posterior a la crisis social y política de 2001.

2. Peronismo, alfonsinismo y democracia desde la perspectiva de *Unidos*

Para delinear los posicionamientos del peronismo respecto de la cuestión de la *democracia* nos focalizaremos en los análisis surgidos desde la revista *Unidos*. Esta selección de la “unidad de análisis” no se debe a que ésta sea “representativa” de las diversas posturas existentes al interior del movimiento; más bien, concentraremos allí la atención por considerar que fue desde sus páginas que surgieron las elaboraciones más sólidas y profundas respecto de las relaciones entre la tradición nacional-popular y la liberal-democrática. Además, *Unidos* resulta una buena vía de entrada para analizar el contexto político e intelectual argentino de la década de los '80.

Unidos fue una empresa político-intelectual ideada y liderada por Carlos “Chacho” Álvarez; los 23 números que salieron desde su fundación hacia mediados de 1983 hasta su cierre definitivo en 1991 acompañaron desde la reflexión los principales acontecimientos políticos de los '80: el triunfo de Alfonsín y su posterior caída, el Juicio a las Juntas Militares, la Semana Santa de 1987, los debates en torno del modelo de desarrollo a seguir, las esperanzas de la Renovación Peronista y la posterior frustración por la resolución menemista de la interna partidaria.

De trayectorias personales heterogéneas, el grupo² que allí se congregó compartía el substrato común de una identidad y una militancia peronistas;

² Los colaboradores de la revista fueron muchos a lo largo de los años; mencionamos a continuación (en orden alfabético) sólo a quienes estuvieron presente con mayor continuidad: Álvaro Abós, Arturo Armada, Nicolás Casullo, Hugo Chumbita, Horacio González, Norberto Ivancich, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Mario Wainfeld.

en su gran mayoría, los integrantes de la revista habían participado en alguna de las agrupaciones de la Juventud Peronista en el período anterior a la dictadura militar. Luego del exilio o del ostracismo interno, se reunieron en un esfuerzo común para evaluar qué transformaciones debía operar en su interior el movimiento para volver a ser *el* proyecto político de las mayorías populares.

Los números que vieron la luz con anterioridad a la derrota sufrida por el candidato oficial del justicialismo en las elecciones de octubre de 1983 revelan la presencia de una concepción sobre la política y la sociedad de marcada continuidad con las visiones clásicas del peronismo; la democracia es pensada allí como la realización de una subjetividad política trascendente, el pueblo, cuyos objetivos coinciden con los de la nación. Este campo nacional-popular se define antagonicamente en relación con las elites dominantes (vernáculos y externas); su misión reside entonces en imponer la voluntad popular por sobre los intereses de las minorías poderosas. La fórmula organizativa más apropiada para el cumplimiento de este objetivo es la del movimiento. Daniel García Delgado y Vicente Palermo lo expresan de la siguiente manera:

“El concepto de ‘Movimiento Nacional’ supera en envergadura al de partido: es la organización, movilización del conjunto de sectores, grupos políticos y sociales cuyos intereses y objetivos coinciden con los de la nación, los que se constituyen así en contraposición a las minorías dominantes, articuladas a los centros de dominación exterior. Los componentes del Movimiento Nacional están asociados en función de determinadas tareas históricas por cumplir; en el cambio de las relaciones de poder en términos de democratización, justicia social, integración, etc. El concepto, por lo tanto, alude a un tipo de articulación, agregación de fuerzas políticas y sociales necesarias para afrontar con éxito el conflicto que supone el cumplimiento de estos objetivos”³.

Cuando los resultados de las elecciones presidenciales de 1983 vinieron a desmentir la creencia sólidamente arraigada de que sólo la proscripción, el fraude y los golpes de Estado podían impedir que la fuerza mayoritaria del peronismo en la sociedad se expresara en el ámbito político electoral, una serie de interrogantes hasta entonces nunca planteados conmovieron los fundamentos mismos de la concepción sobre la política que se había forjado

³ “Notas sobre el Movimiento Nacional”, en *Unidos* N° 1, mayo de 1983 (las citas no indican número de página dado que la revista fue consultada a través de la página web www.croquetadigital.com.ar, sitio donde se encuentran disponibles la mayoría de sus números).

el peronismo: ¿era todavía cierto aquello de que el pueblo nunca se equivoca? ¿se había equivocado el pueblo? Pero, ¿qué era el pueblo?; ¿qué era la nación?; ¿era el peronismo todavía la manifestación *natural* de lo nacional-popular? ¿Podía sobrevivir el peronismo a la desaparición del líder carismático?; ¿cómo incorporarse a la renaciente democracia liberal?; ¿había que desechar la forma de organización movimientista para fortalecer al partido político?

Desde luego, estas cuestiones no se planteaban en el vacío. El contexto intelectual y político en el cual se inserta la tarea de revisión de la identidad peronista emprendida por *Unidos* está marcado por una fuerte impugnación de todas aquellas experiencias políticas que se apartaran de los parámetros establecidos por la ahora en boga liberal-democracia. El peronismo, dada la centralidad que había tenido en las últimas décadas de nuestra historia, fue colocado en el ojo de la tormenta. Pasaremos revista brevemente de ese contexto para entender con quiénes debatían los *unidos*.

En el ámbito intelectual tiene lugar en esos años la avanzada de un paradigma de pensamiento sobre la política que postulaba a la democracia, al Estado de Derecho, a los controles institucionales y al pluralismo como valores universales. La postulada “crisis del marxismo; la derrota de las experiencias de las organizaciones armadas revolucionarias; y las fuertes críticas a los diversos estatismos (soviéticos en particular) en función de las tendencias autoritarias y verticalistas que anidarían en su seno, condujeron a varios teóricos a rescatar premisas centrales del pensamiento liberal, entre las cuales se encontraban la democracia como régimen político y la sociedad civil como cimiento de todo proyecto autónomo.

Desde el exilio en México, pensadores argentinos como Juan Carlos Portantiero, José Aricó, Emilio de Ipola, Jorge Tula, entre otros, reflexionaron críticamente a fines de los '70 y principios de los '80 acerca de las posibilidades que ofrecían los movimientos nacional-populares para llevar adelante cambios que favorecieran el advenimiento del socialismo. Recordemos que en las décadas del '60 y '70 estos mismos intelectuales, entonces encuadrados dentro de la tradición marxista, concibieron al peronismo como una etapa necesaria anterior al socialismo⁴. Influidos por el nuevo paradigma socialdemócrata

⁴ Portantiero, por ejemplo, había sostenido en la revista *Pasado y Presente* la necesidad de “impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional-popular” (cit. en Martínez Mazzola, 2009: 139). En su estudio sobre las cambiantes relaciones que Portantiero entabló a lo largo de su vida y de su obra con las tradiciones nacional-

cambiarían su postura; en un artículo publicado en la revista *Controversia* en 1981 Juan C. Portantiero y Emilio de Ipola afirmaban:

“*ideológica y políticamente* no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. La hay en su estructura interpelativa; la hay en la aceptación explícita por parte del primero del principio general del fortalecimiento del Estado y en el rechazo, no menos explícito, de la tradición política que da sentido al segundo. Y la hay en la concepción de la democracia y en la forma de planteamiento de los antagonismos dentro de ‘lo nacional-popular’: el populismo constituye al pueblo sobre la base de premisas organicistas que lo deifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista...”⁵.

No sólo cambia el juicio (antes más favorable, ahora claramente negativo) sobre el peronismo; cambia también el punto de vista desde el cual se lo analiza. Siguiendo a Nicolás Casullo, puede afirmarse que se está operando “el paso, en el análisis crítico del populismo, desde la determinación de los *contenidos de clase* que hacen al proyecto, al plano de las *formas de construcción* de una política democrática” (Casullo, 2007: 155). En efecto, si antes el peronismo era criticado principalmente por el hecho de dar cabida a fracciones de las clases dominantes que podrían sacar provecho de su participación en el movimiento, ahora se lo cuestionaba fundamentalmente por la *manera* en que había operado el ingreso de las masas en la vida política: el organicismo, el estatalismo, el unanimismo, la mitologización del líder, al impedir la manifestación del pluralismo y la coexistencia pacífica de distintas ideologías y de distintos partidos políticos, vuelven inviable la instauración de un régimen político democrático estable, condición *sine qua non* para la construcción del socialismo. Como se ve, el término socialismo atraviesa una modificación sustancial de su significado: si antes éste se definía en oposición al *capitalismo*, ahora será el *autoritarismo* su exterior constitutivo⁶.

popular y socialista, Martínez Mazzola sostiene que a principios de los '70 Portantiero consideraba que “el peronismo no era ‘lo otro’ de la izquierda, respecto de la cual el paso a una identidad socialista representaría una ruptura absoluta, sino un substrato de experiencia popular sobre el que se debería trabajar”; en rigor, el análisis que Portantiero hace sobre el peronismo no es acritico, dado que percibe la existencia al interior del movimiento de fuerzas contradictorias, las masas populares por un lado y los “capitales monopolistas” por el otro (2009: 138-139).

5 “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, en *Controversia*, N° 14, pág. 11, México, agosto de 1981.

6 A su regreso del exilio, este grupo de intelectuales continuó su reflexión sobre la política en la Argentina. Acentuando su veta reformista, concebirían a la democracia ya no como un instrumento para la realización de un fin que la trascienda, sino como algo valorable en sí misma. La revista *La Ciudad Futura* fue el nuevo canalizador de sus preocupaciones, revista que de algún modo podría caracterizarse como la hermana-enemiga de *Unidos*.

Sabemos, por otra parte, que la contraposición entre *autoritarismo* y *democracia* fue el eje articulador del discurso político de Raúl Alfonsín. Conmovida por los crímenes de la última dictadura militar que ahora empezaban a conocerse, y en gran medida decepcionada por la deriva de Malvinas, la opinión pública encontró en el discurso del líder radical un relato del pasado reciente afín a sus ansias de regeneración. Gerardo Aboy Carlés plantea que el alfonsinismo elaboró una “promesa que asociaba la plena vigencia de la democracia con el bienestar y la prosperidad en un horizonte sin limitaciones temporales y para cuya concreción era imprescindible la conformación de una nueva cultura política que, a través de la regeneración de los principales actores políticos y sociales, permitiera eliminar el faccionalismo que tan disruptivo había sido para la estabilización de un régimen político en el país” (Aboy Carlés, 2004: 39).

El llamado a construir una nueva cultura política “democrática” en oposición a la vieja cultura “autoritaria” de la cual sería portadora la gran mayoría de los actores del juego político argentino puede encontrarse en su mayor grado de elaboración en el discurso que Alfonsín pronunciara en Parque Norte en diciembre de 1985. En el programa allí esbozado, la *democracia* invocada por el entonces Presidente no se limitaba a la reivindicación de las libertades públicas, a la recomposición de la vida cívica y a poner límites a la arbitrariedad del Estado. En efecto, *autoritarismo* y *democracia* no eran concebidos en el discurso del líder radical sólo como regímenes políticos, como sistemas de reglas institucionales. Eran más bien formas de sociedad que daban lugar a la creación de distintas formas de la subjetividad, como bien se dejaba ver cuando Alfonsín apelaba a la construcción de un “sujeto democrático” concebido como aquel que ha hecho suyos una serie de “valores éticos y políticos” (tales como la legitimidad del disenso, el pluralismo, respeto de las diferencias). De allí que si bien un cambio institucional era de suma importancia, un proyecto político verdaderamente transformador debería trascender este ámbito, apuntar a una “reforma cultural” que introdujera un verdadero corte en la historia.

Al insistir en que la “violencia”, la “intolerancia”, el “faccionalismo corporativo”, el “pretorianismo” eran los males principales que la Argentina debía afrontar en esta nueva etapa, a nadie podía pasar inadvertido que, junto con las Fuerzas Armadas, Alfonsín concebía al peronismo como el otro componente principal del “cúmulo de deformaciones asentadas en la mentalidad

colectiva del país” que había que dejar atrás para “levantar el edificio de la sociedad moderna”⁷.

El proyecto de *Unidos* puede entenderse como una tentativa por resistir a asociar al peronismo como un hecho del pasado, como un intento por desactivar la bisagra alfonsinista a partir de la cual se interpretaba toda la historia argentina anterior a 1983 como el cruento escenario de enfrentamientos entre fuerzas irracionales y ciegas que en virtud de su intolerancia impidieron el surgimiento de valores pluralistas; los *unidos* recusarán la hipótesis de una idea de democracia abstracta válida para todo momento y lugar, idea que irremediamente conduce “al alfonsinismo a considerar como una ‘pérdida’ –la república perdida– a un ciclo de 50 años donde se dieron todas las luchas, se pasearon todos los fantasmas y se atenazaron las crispaciones ideológicas propias de una sociedad permeable a todas las contemporaneidades”⁸. Para *Unidos* no se trataba sólo de que tal exorcismo de las experiencias pasadas llevaba a una lectura ingenua y maniquea de la historia nacional; también estaba el hecho de que esa concepción histórica y política daba lugar al planteamiento de un proyecto de país que ignoraba los problemas fundamentales que debía afrontar la Argentina en esa hora.

Tres alternativas se abrían al peronismo frente a la avanzada del alfonsinismo: replegarse en la vieja doctrina (camino seguido por la “ortodoxia”); amoldarse en lo discursivo y en lo organizacional a las exigencias planteadas por el nuevo paradigma (los “renovadores”, encabezados por Antonio Cafiero, intentarían esta vía); emprender una revisión de los postulados clásicos del peronismo sin plegarse acríticamente a la liberal-democracia triunfante; *Unidos* recorrerá este último atajo.

¿En qué medida *Unidos* recupera aspectos del alfonsinismo y hasta qué punto se muestra intransigente respecto de la necesidad de no abandonar ideas y proyectos propios del peronismo? Podríamos decir, para empezar, que la impugnación que los *unidos* realizan de la concepción de la democracia tal como la venía a proponer el alfonsinismo va más allá de la contraposición entre una democracia formal y una democracia sustantiva, en la cual al radicalismo le toca el papel de garante de los procedimientos y al peronismo el de defensor de las reivindicaciones materiales de los sectores populares.

Efectivamente, *Unidos* tomó nota de la crítica que desde los ámbitos intelectual y político se realizaron a aquellas formas de entender la política (entre

7 Véase Alfonsín (1985).

8 Horacio González, “El alfonsinismo, un bonapartismo de la ética”, en *Unidos*, N° 9, abril de 1986.

las cuales se encontraba el peronismo) atravesadas por fuertes supuestos ontológicos: en el caso del peronismo, según vimos, esos supuestos se expresaban en la convicción de la existencia de un *pueblo* de esencia inmutable y existencia objetiva, a la espera de ser representado por un *líder* que interpretara sus anhelos y lo llevara al cumplimiento de sus objetivos trascendentes. Frente a esta concepción, los *Unidos* recuperaron del alfonsinismo la idea de que una democracia que permite la convivencia de distintas fuerzas políticas en el escenario público es una instancia legítima en el proceso de construcción de una subjetividad política colectiva; el *pueblo* no es en consecuencia “algo que está ahí”, listo para ser exteriorizado, sino que es necesario elaborar y reinventar permanentemente los mecanismos discursivos y organizativos para interpelarlo y constituirlo⁹.

La democracia comenzó a ser conceptualizada por *Unidos* no como un obstáculo sino como un medio a partir del cual se podían crear dichos mecanismos. En un sugerente pasaje, Arturo Armada contraponía “los sistemas políticos antidemocráticos”, que se caracterizan por “taponar y encubrir lo que surge de las masas populares”, a la “perspectiva democrática”, la cual, por el contrario, “pretende garantizar formalmente la penetración de lo que va surgiendo, de lo que se crea o recrea, en lo ya construido, en lo institucionalizado; de las influencias de abajo en las construcciones de arriba, para que no exista ni escisión ni ruptura entre el derecho de la comunidad y el derecho de su organización superestructural”¹⁰. En sentido similar, en un editorial de 1985 la revista se mostraba dispuesta a sostener que, para “actualizar su vocación de cambio”, el peronismo debía reconocer que “sólo la voluntad popular, expresada en libertad, legítima a quienes ejercen el poder tanto desde el Estado, como desde la conducción de una fuerza política”; por lo tanto, se imponía la “necesidad de reconstruir la identidad peronista, reconociendo a la democracia como el marco insustituible de la transformación de la sociedad”¹¹.

9 En una reciente evocación de la revista, Horacio González sostiene: “*Unidos* fue alfonsinista, y no voy a poner comillas en esta afirmación. No lo fue por acción partidaria ni por convicción moral, no lo fue por actuación electoral ni lo fue por admirado doctrinarismo. Mucho menos por portar esa identidad, pues tenía la *otra*. Pero tomaba el armazón conceptual alfonsinista para recrear la cultura social peronista bajo una democracia como filosofía primera, y no como resultado comunitario –como era en el peronismo clásico– de las medidas emergentes de ‘los principios sociales que Perón ha establecido’” (González, 2008: 41).

10 “Por una democracia en expansión”, en *Unidos*, N° 17, diciembre de 1987.

11 “El abismo y los puentes”, editorial, en *Unidos*, N° 5, abril de 1985.

Esto los llevaría a cuestionar la evidencia de que el peronismo fuera la encarnación natural de lo nacional-popular: dado que el *pueblo* no era siempre el mismo, tampoco podían permanecer idénticos los mecanismos tendientes a interpelarlo. Podría significar un gran error seguir utilizando como eternamente válida y vigente la doctrina de Perón. En este punto, reconocerían el esfuerzo de Alfonsín por buscar y encontrar las palabras capaces de dar sentido a las nuevas experiencias de la ciudadanía.

Ahora bien, aceptar el pluralismo y la estructura formal de la democracia no implicaba para los unidos renegar de la necesidad de avanzar en la construcción de un proyecto político colectivo que reconociera en los actores sociales (principalmente en la clase obrera organizada) un anclaje social fundamental. En el mismo artículo recién citado, Armada sostenía que “la democracia ‘representativa’, la democracia exclusivamente política, entra en crisis porque pierde la credibilidad y, por ende, la adhesión de las mayorías populares; porque permanece como idea rectora abstracta, sin encarnadura organizativa social. En cambio, para extenderse (y tal vez para sobrevivir como democracia política) debería ser una presencia concreta, a través de la participación vital de todas las actividades sociales”. Era sin dudas el peronismo el que podía lograr la más alta síntesis entre “democracia política” y “democracia social”, síntesis que el alfonsinismo, por carecer de un costado más social, no podía llevar adelante.

El reconocimiento primordial de lo social en el seno de lo político llevó a los unidos a mantener una concepción de la sociedad argentina como escindida entre un “campo popular” y los sectores dominantes. Mario Wainfeld escribe en este sentido que si bien “es necesario afinar el concepto de pueblo”, es también cierto que

“Sigue existiendo un ‘campo popular’ opuesto a enemigos irreconciliables. El radicalismo niega esa realidad; afirma que el enemigo de la democracia es el ‘autoritarismo’. La lucha debería así librarse contra una deficiencia psicológica que puede y suele anidar tanto en la mente de los militares, los peronistas, los psicópatas, los golpeadores de mujeres y hasta los porteros. Es una falacia. Enemigos no son los brumosos ‘autoritarios’ sino los tangibles titulares de intereses que contradicen los de las mayorías nacionales. El antagonismo no ha desaparecido de nuestra historia, ni desaparecerá por el simple hecho de ser negado... pero eso no nos simplifica la tarea ni define al campo popular”¹².

12 “No lloremos la historia que no fue”, en *Unidos*, N° 9, abril de 1986.

Varios motivos presentes en este pasaje resultan de especial interés: podemos ver aquí cómo, para *Unidos*, resulta impensable una práctica política que no coloque en un lugar central al *antagonismo*. Mientras exista una sociedad desigual y dependiente será necesario el conflicto, la lucha por modificar el orden existente. Lejos de ser un molesto resabio de una mentalidad autoritaria renuente a ser corregida, el conflicto es aquello que da sentido a la actividad política en cuanto tal. Anteriormente vimos que el radicalismo también pregonaba encabezar una lucha; pero en él ésta aparecía como un ejercicio aislado de expiación de las tendencias perversas que se alojarían en las conciencias individuales. El “sujeto democrático” del que hablaba Alfonsín surgía como el producto de la internalización de una serie de reglas y procedimientos que lo conducirían hacia una mayor tolerancia de las diferencias y los desacuerdos.

El “campo popular” que *Unidos* interpela tiene, por el contrario, una irreductible dimensión colectiva, que se construye en oposición a quienes detentan el poder económico. En su perspectiva, en última instancia, el peronismo sólo tenía sentido si constituía un medio de avanzada para posibilitar la organización de las masas en la lucha por revertir las desigualdades presentes en la sociedad. La reducción de lo político a lo electoral no debía implicar de ningún modo la evaporación de las contradicciones; el ámbito de lo político debía expresar los conflictos surgidos en la sociedad (de allí la postulación de la persistencia de “enemigos irreconciliables” con los cuales no habría espacio para el diálogo y la negociación).

Es aquí donde afloran las tensiones entre la adhesión a la liberal-democracia y la tradición nacional popular propia del peronismo. A falta de una caracterización más apropiada, podríamos afirmar que los *unidos* fueron demócratas “inconsecuentes” pues si bien reconocían a la democracia liberal como un régimen político deseable, se negaban a aceptar en conjunto los corolarios que ella conllevaba.

En esta inconsecuencia radicarían las fortalezas y debilidades de su apuesta; en efecto, ella le permitió, por un lado, llevar adelante el ejercicio de una crítica sagaz y profunda, sin concesiones respecto del nuevo orden político que se estaba construyendo. Políticos, sindicalistas, economistas, escritores de diversos géneros tuvieron lugar en las páginas de la revista; hubo también espacio para la puesta en práctica de una crítica cultural de alto nivel. Ahora bien, esa misma inconsecuencia bloquearía la posibilidad de ofrecer una alternativa coherente y viable en el terreno de la política.

Con diversos grados de acercamiento (según los distintos momentos y los distintos integrantes de la revista), *Unidos* depositó las expectativas de un peronismo remozado con vocación de cambio en el sector interno conocido como la “Renovación Peronista”.

La Renovación era lo suficientemente heterogénea como para abarcar a políticos progresistas “modernizadores”, caudillos territoriales y sectores sindicales opuestos a la hegemonía de las 62 Organizaciones. Fueron los políticos progresistas quienes dieron el tono del discurso de este sector interno, discurso que se basó en la necesidad de “modernizar” el peronismo, lo cual significaba democratizar el funcionamiento interno del justicialismo (a través de la adopción de mecanismos partidarios) y adaptar los símbolos y la retórica tradicionales del partido a los nuevos tiempos. Se oponían, hacia adentro del peronismo, a los “ortodoxos”, a quienes asociaban con el anacronismo ideológico; hacia afuera, si bien reconocían que el radicalismo había significado un avance en cuanto hizo realidad la instauración de un régimen político democrático, le reprochaban a éste su escasa vocación por profundizar transformaciones más osadas en los ámbitos económico y social¹³.

Los “renovadores” tuvieron su momento de máximo apogeo luego de que su dirigente principal, Antonio Cafiero, superara con comodidad en las elecciones legislativas de 1985 en la Provincia de Buenos Aires al más importante referente de la “ortodoxia”, Herminio Iglesias. Si bien la cantidad de votos obtenida por el cafierismo no alcanzó para vencer al oficialismo alfonsinista, esto no impidió que el optimismo se derramara hacia aquellos peronistas que creían ver cercana una regeneración del movimiento. El acceso de Cafiero a la gobernación de Buenos Aires en 1987 parecía confirmar el camino ascendente de la Renovación. En las internas partidarias para elegir el candidato a presidente por el Partido Justicialista en 1988 muy pocos creían posible que algo pudiera obstruir la definitiva coronación de Cafiero. Sin embargo, los resultados de esas internas pulverizaron las esperanzas de quienes aún creían posible la reconstrucción de un peronismo transformador.

13 Sobre la Renovación puede consultarse: Levitsky, 2005; Altamirano, 2004; de Ipola, 1987.

3. El peronismo en los '90: entre el neoliberalismo y el clientelismo

Haciendo del oportunismo su principal virtud, Carlos Menem logró abrirse paso en la interna peronista. Habiendo acompañado los primeros pasos de los sectores renovadores en su cruzada contra los “ortodoxos”, decidió romper con sus antiguos aliados en 1987, cuando todo indicaba que sólo podía obtener un lugar protagónico en el partido si se convertía en opositor al entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires. Sus esfuerzos en pos de atraer el apoyo hacia su candidatura de aquellos sectores políticos y sindicales marginados por la Renovación fueron exitosos, y luego de ganarle a Cafiero las internas partidarias y a Eduardo Angeloz (candidato oficial de la UCR) las elecciones presidenciales de 1989, alcanzó la presidencia de la nación.

La implementación de radicales medidas neoliberales por parte de Menem infligió profundas heridas a la identidad peronista, heridas que entonces parecieron marcar un punto de no retorno respecto de las posibilidades del peronismo para erigirse en articulador de un proyecto alternativo de transformación social. Por un lado, los efectos combinados de la privatización de las empresas públicas, de la apertura comercial y de la política cambiaria (que con el “uno a uno” favorecía más la especulación financiera que la inversión productiva) provocaron un proceso de desindustrialización y de desarticulación social que minarían las bases de los sectores que tradicionalmente habían formado parte de la alianza populista. Por otro, la irreverencia y el desprejuicio con que Menem (des)trató aspectos muy caros a la simbología justicialista parecían constatar la defunción de la identidad peronista: recordemos que el entonces presidente, entre otras cosas, limitó el derecho de huelga un 17 de octubre, convocó a una descendiente de Alsogaray y a uno de Bunge y Born (con las resonancias antiperonistas de estos apellidos) a desempeñar importantes puestos en el gobierno, se abrazó con Rojas, acompañó a Estados Unidos en una de sus aventuras bélicas enviando tropas al Golfo... Con cierto desconcierto, uno de los unidos afirmaba en el último número de la revista: “acá se terminó toda una historia, se puede fundar una identidad nueva, más difusa, heterogénea en su armado, pero que no es peronista”¹⁴.

¹⁴ Vicente Palermo, en “Entrevista a Vicente Palermo”, en *Unidos*, N° 23, agosto de 1991.

Pese a que en los '90 efectivamente “terminó toda una historia”, el peronismo siguió teniendo una centralidad incuestionable en nuestra sociabilidad política. ¿Cómo explicar la continuidad de la identidad peronista? ¿Qué transformaciones se estaban operando en su configuración? Dos procesos creemos que tienen una centralidad fundamental para avanzar en una posible respuesta a esos interrogantes: en primer lugar, la reformulación de la relación entre el peronismo y los sectores populares; en segundo término, la pérdida de la capacidad de antagonizar de la identidad peronista. A continuación nos explayaremos sobre estos puntos.

La reformulación de la relación del peronismo con los sectores populares se encuentra en estrecha relación con el proceso de “partidización”, “democratización” o, más adecuadamente desde nuestro punto de vista, “liberalización” del peronismo. Como vimos más arriba, un capítulo importante de los debates al interior del peronismo en los '80 fue el referido a cómo adaptarse a la liberaldemocracia, si manteniendo la forma movimientista (en la cual distintos actores sociales, principalmente los sindicatos, tenían un lugar relevante en la selección de dirigentes y en la elaboración de propuestas programáticas) o, por el contrario, adoptando lisa y llanamente la fórmula partidaria.

En este punto Carlos Menem prosigue y completa las posturas sostenidas por los renovadores, fortaleciendo los mecanismos partidarios en la selección de la dirigencia y desplazando a los sindicalistas de los primeros planos de la coalición del PJ. Es en este sentido que algunos autores hablan de la “desindicalización” del Partido Justicialista durante los '90 (Gutiérrez, 1999; Levitsky, 2005). Steven Levitsky sostiene que Menem pudo terminar de desplazar a los sindicatos de la coalición del PJ sin enfrentar grandes resistencias debido a dos procesos que habían erosionado la influencia de los sindicatos en los años anteriores: en primer lugar, el cambio en la estructura socioeconómica de la Argentina ocurrida durante la última dictadura militar, que hizo decrecer la importancia numérica de los trabajadores organizados en la sociedad. En segundo lugar, la instauración de la democracia en 1983, que modificó los términos de la disputa entre políticos y sindicalistas que había contenido en su seno el justicialismo desde sus mismos orígenes. Levitsky argumenta que, desplazados los sindicatos, el PJ pudo mantener su relación con los sectores populares reconvirtiéndose en un “partido clientelista”. Las organizaciones clientelistas se ocupan de organizar a los sectores fragmentados y heterogéneos de los desocupados a nivel local brindando recursos de patronazgo a cambio de apoyo en las elecciones.

Una consecuencia de suma relevancia se desprende de aquí. Aquella adhesión de las mayorías populares “a través de la participación vital en todas las actividades sociales” que reclamaba Armada como condición indispensable para sostener la credibilidad de las instituciones democráticas y del peronismo como partido político tomó durante los ’90 inflexiones antes impensadas: la proliferación de organizaciones clientelistas sostuvo la participación de los sectores populares, pero limitada ahora al ámbito local o territorial; como sostiene Merklen (2005) esto le permitió al peronismo jugar un rol ambivalente: si en tanto responsable del gobierno nacional contribuyó como ningún otro al empobrecimiento del país, a través del control de las administraciones locales reformuló su lazo con las clases populares que “construyen sus vidas en el seno de los diversos marcos locales” (2005: 41). Al limitar la participación de los sectores populares al ámbito local, el cambio coalicional desde el sindicalismo hacia el clientelismo fue un factor de suma relevancia para permitir el viraje hacia el neoliberalismo emprendido por Menem.

Si caracterizamos al liberalismo político, como lo hacen Rinesi y Vommaro (2007), como aquella tradición que enfatiza el valor de la representación y, de ahí, del establecimiento de lazos verticales entre los ciudadanos y las instituciones del Estado (opuesta así a la tradición democrática que destaca la participación popular en los asuntos públicos y, en consecuencia, privilegia los lazos horizontales), se advierte claramente que Menem, al excluir a los sectores populares de la elaboración de las políticas públicas, puede considerarse un fiel exponente de la tradición liberal. Y también en otro aspecto clave Menem revela un vuelco hacia el liberalismo: habíamos visto en la sección anterior cómo los unidos retomaban la tradición nacional popular para concebir a la acción política como una actividad ligada indefectiblemente al antagonismo con los sectores de poder y a la construcción de un proyecto colectivo transformador. Nada más alejado de esto que Menem: su promesa de asegurar el bienestar a través del consumo apelaba a un *ethos* individualista rayano en el hedonismo (de aquí la defensa de la convertibilidad para combatir la inflación que impediría el acceso a los bienes); por otra parte, Menem hizo sus mayores esfuerzos por erradicar al antagonismo del seno de lo político, reconciliándose con los poderosos y reduciendo las cuestiones políticas a simples asuntos técnicos destinados a ser resueltos por expertos (de aquí la centralidad de los técnicos de la economía durante los ’90, supuestos portadores del saber universal sobre cómo plegarse a la

globalización y el neoliberalismo). ¿Cómo fue posible que Menem desplazara al antagonismo y al mismo tiempo siguiese reconociéndose dentro de la tradición peronista? En los párrafos que siguen analizaremos distintas respuestas a esta pregunta.

Al analizar el discurso menemista, Vicente Palermo y Marcos Novaro (1996) sostendrán que entre peronismo y menemismo es factible encontrar sobre todo continuidades. En rigor, los autores parten señalando una determinada ruptura entre peronismo y menemismo; apuntan así que Menem se distanció del peronismo clásico al operar la “desactivación de la alteridad populista”. Mientras la concepción política de Perón se caracterizó por la presencia en su discurso de un fuerte antagonismo, Menem, en cambio, llevó adelante

“la desactivación de la alteridad populista, al redefinir la propia identidad en una clave no antagonica con los sectores neoliberales, los intereses de los empresarios y de los operadores financieros locales e internacionales, y traducir a la competencia electoral las oposiciones entre peronistas y no peronistas. En términos más amplios, la democracia formal y la democracia real se concilian en su gobierno, al desactivarse la tensión entre la representación institucional de una voluntad mayoritaria, la legitimidad democrática, y la satisfacción de los intereses del pueblo, la legitimidad populista” (Palermo y Novaro, 1996: 382).

Los autores tienden a valorar positivamente este hecho, en tanto conllevaba una identificación de distintos sectores sociales y políticos con las reglas de juego institucionales.

¿Dónde residía, entonces, la continuidad? En que ambos, Perón y Menem, eran en verdad portadores de un proyecto conservador, partidarios de garantizar el orden existente. Si Perón, en el momento fundacional de su movimiento, había tenido que ampliar su alianza (inicialmente asentada en los sectores dominantes) recurriendo al “expediente” de reforzar sus vínculos con el movimiento obrero y los sectores populares, esto fue en verdad, según los autores, en gran medida en contra de su voluntad; el proyecto original de Perón habría consistido en negociar paralelamente con los empresarios y el radicalismo para afianzar su liderazgo de cara a las próximas elecciones. El fracaso en estas tratativas colocó a Perón en una situación de debilidad y aislamiento; no le quedó entonces otra alternativa que acercarse a los trabajadores, quienes, pese a que le despertaban una profunda desconfianza, eran la única base de apoyo segura de la que podía servirse en esa coyuntura crítica.

El antagonismo entre el movimiento y las clases acomodadas que entonces se definió sería en realidad “el resultado no querido de un proyecto político fracasado en sus objetivos iniciales, y reconvertido pragmáticamente” (1996: 383). Los autores son enfáticos al sostener que “el que se estructuró a mediados de los ’40 no fue un antagonismo social propiamente dicho, sino un antagonismo político, por su origen y su lógica de desarrollo, que se arraigó y alimentó a partir de un clivaje social, entre pueblo y oligarquía (...) Dicho aún más sintéticamente: el origen de la agregación antagónica en torno de la revolución peronista fue el fracaso de una interpelación en términos de contrarrevolución conservadora” (1996: 388-390). El carácter “político” y no “social” del antagonismo daría cuenta de su condición externa, superpuesta a la lógica global del discurso peronista; según Palermo y Novaro, el antagonismo no fue el resultado de una dinámica del juego de poder entre sectores sociales que por sus posiciones desiguales en la estructura económica desarrollan sus conflictos, sino la superposición *ad hoc* de un recurso externo utilizado por Perón en un momento determinado de su carrera política que luego no pudo desactivar.

En consonancia con ello, los autores afirmarían luego que “los gobiernos de Perón a partir de 1946 consistieron en un esfuerzo constante, y casi exitoso, por eliminar este antagonismo, reconciliarse con los empresarios y poner un límite a la presencia preponderante de los sindicatos en el movimiento” (1996: 385-386). Sin embargo, Perón, por distintos motivos, nunca lograría deshacerse de ese antagonismo, por lo cual éste permaneció como una “herida abierta” que condicionó negativamente el desarrollo posterior de los acontecimientos. Finalmente, Perón terminaría siendo su propia víctima; cuando en su tercera presidencia arriesgaron los enfrentamientos entre diversos sectores, ya ni él ni nadie sería capaz de domesticar los “demonios desatados”.

Pueden entenderse ahora con claridad los términos en que los autores plantean la continuidad entre Perón y Menem: éste habría sido capaz de lograr aquello que el primero había intentado en varias ocasiones realizar pero nunca pudo alcanzar: desactivar la alteridad populista, superar el molesto antagonismo entre pueblo y oligarquía, desechar la legitimidad populista-revolucionaria, hacer del peronismo, en fin, un partido del orden. Menem pudo por fin concretar la “reparación de este equívoco” y, con ello, hizo posible la institucionalización de los conflictos políticos y la pacificación de la vida social, condiciones indispensables para avanzar en la estabilidad del régimen político.

No es difícil advertir que Novaro y Palermo reconstruyen la historia desde un presente en el cual el peronismo en el gobierno efectivamente se encuentra al servicio de los sectores dominantes; al dirigir su mirada hacia el pasado, privilegian unilateralmente las dimensiones menos populares y rupturistas, e interpretan la totalidad de la historia del peronismo como el devenir de un proyecto conservador.

Aboy Carlés (2001) retoma críticamente la dicotomía establecida por Portantiero y de Ipola en el artículo citado anteriormente para analizar la configuración del discurso de Menem. Este autor sostiene que la identidad peronista se constituyó en el péndulo entre una dimensión nacional-popular (de escisión y confrontación interna) y una dimensión nacional-estatal (de cierre del campo de conflictividades). A diferencia de Portantiero y de Ipola, que sostenían que en los populismos “realmente existentes” la dimensión del orden tendía a predominar siempre sobre la rupturista, Aboy Carles afirmará la no necesidad de esa primacía; cada caso particular debía ser analizado para ver hacia qué dimensión se desplazaba esa ambigüedad constitutiva (2001: 277). De esta manera se niega que el peronismo haya sido siempre un proyecto conservador; lo que lo caracteriza es más bien (como a todo populismo) la tensión entre las dos dimensiones, la mediación entre el polo nacional popular y el nacional estatal. Es ilustrativo en este sentido la polisemia de la noción de “justicia social” en el discurso de Perón; según Aboy Carlés, “si al lado de las reformas, la ‘justicia social’ puede aparecer como una consigna de dicotomización del espacio político, no menos efectiva es su utilización en términos de un llamado a la conciliación social” (2001: 131). Si Menem durante su campaña llevó al paroxismo el populismo peronista, reivindicando por una parte la necesidad del orden frente al desgobierno de la economía y la sociedad, y por otra prometiendo un “salariazó” a favor del bienestar de los sectores populares, una vez en el gobierno, habilitado por la incertidumbre hiperinflacionaria, se operó la práctica desaparición de una dimensión nacional popular en su discurso y “el desplazamiento del horizonte en el que la identidad se vertebraba a través de una promesa reformista en materia económico-social (la ‘justicia social’) hacia el privilegio del orden y la estabilidad ante un caos inmediato y anterior” (Aboy Carlés, 2001: 292).

En este punto interesa remarcar que a lo largo de los '90 la dimensión nacional popular, borrada del peronismo en el gobierno, no fue retomada por las oposiciones políticas al menemismo. Durante el primer gobierno de

Menem surgió un ala disidente del PJ, el Frente Grande (cuyos referentes principales eran Carlos Álvarez y Fernando Solanas) que puso el énfasis de su discurso en la necesidad de salir del “modelo” y de construir una alternativa al neoliberalismo excluyente. Pero el componente más rupturista de esta opción se diluyó rápidamente; hacia mediados de los '90, con la formación del Frepaso (la unión del Frente Grande con la agrupación País encabezada por Bordón) el eje de la oposición pasó a ser claramente el de la denuncia de hechos de corrupción y el reclamo por el ejercicio de un poder limitado y respetuoso de las fronteras institucionales. La UCR también se inclinó hacia una oposición “republicana” que cuestionaba el comportamiento político de los dirigentes oficialistas pero nada ofrecía de alternativo en términos económicos y sociales. En 1997 el Frepaso y la UCR formaron la Alianza, cuyo discurso, previsiblemente, hizo suyo el consenso de época neoliberal, según el cual la acción política debía reconocer sus límites frente a las fuerzas del mercado y la globalización. Reproducía así el sesgo tecnocrático, economicista y antipolítico del menemismo. El antagonismo había sido desplazado así de la arena, y en su lugar se impuso el reinado de un “consenso” en apariencia inquestionable.

No fue éste el único rasgo en común entre el menemismo y sus opositores políticos; ambos compartieron también el hecho de excluir a los sectores populares de su arco de alianzas. En efecto, los movimientos de resistencia organizados en respuesta a los ajustes estructurales, el avance de las privatizaciones y el desguace del Estado (entre los que cabe mencionar a la Central de Trabajadores Argentinos y a los incipientes movimientos de trabajadores desocupados) fueron directamente obviados por la oposición “progresista” como posibles aliados contra el menemismo (Merklen, 2005).

Como temían los unidos, la “democratización” del peronismo o, más bien, su “liberalización”, se logró al precio de una evaporación de las contradicciones, de un creciente distanciamiento con los actores sociales y de la instauración de un “bipartidismo bobo”. Desplazados los sindicatos de la coalición justicialista, los sectores populares encontrarían enormes dificultades para hacer oír sus demandas. A fines de los '90 y principios de 2000 asistimos a una “contradicción entre sociedad y política”, como sostiene Pucciarelli, por medio de la cual la estabilidad republicana y el respeto de la soberanía política “se presentaban en el plano político como el polo opuesto del prolongado y complejo proceso social de decadencia, empobrecimiento, fragmentación y

segmentación que venía sufriendo la mayoría de la población desde mucho tiempo atrás” (2002: 9-10).

La llegada al poder de la Alianza a fines de 1999 no hizo sino acentuar las características excluyentes del sistema político y social. Mientras, el PJ entraría en uno de los períodos más críticos de su historia: sin el control del Estado nacional, se dispersó en los distintos territorios provinciales, evidenciando un inédito nivel de fragmentación.

4. El peronismo y su variante kirchnerista, ¿retorno del populismo?

Al inicio del nuevo siglo movilizaciones políticas y sociales conmovieron la escena pública, introduciendo el antagonismo y las luchas sociales otra vez en la agenda política. El espacio de conflictualización social ausente en gran medida en los '90 reapareció con toda su fuerza. Ciertamente, el peronismo aparecía menos como el impulsor de esa ola de protestas que como uno de los blancos predilectos de ataque de los actores movilizados, tanto de los sectores medios como de los movimientos de trabajadores desocupados, surgidos estos últimos principalmente contra el clientelismo y el neoliberalismo, ambos asociados con el último gobierno peronista.

Novedosas formas de organización y de acción colectiva parecían poner en cuestión con más vigor que nunca antes el predominio del peronismo en los sectores populares. No sólo en lo que hace a su relación con las bases el peronismo se mostraba por entonces sumamente debilitado; a nivel del liderazgo la fragmentación alcanzó niveles inusitados. La descentralización del peronismo ocurrida en las décadas anteriores se hizo manifiesta en la proliferación de líderes provinciales que nada compartían más allá de su común autoidentificación como peronistas, lo cual quedó en evidencia cuando, caído De la Rúa a fines de diciembre de 2001, cinco presidentes justicialistas se sucedieron en una semana.

Pese a los ingentes esfuerzos realizados por Duhalde a lo largo de 2002 por instaurar un mecanismo de selección de un candidato presidencial consensuado por las distintas líneas internas, no se pudo evitar el quiebre de la unidad partidaria de cara a las elecciones de abril de 2003. En esos comicios tres históricos dirigentes del Partido Justicialista (Menem, Rodríguez Saá y Kirchner) se presentaron como candidatos a ocupar la presidencia de

la nación; sin embargo, la candidatura oficial del tradicional partido quedó vacante, y los distintos candidatos crearon para la ocasión etiquetas partidarias nuevas. Por primera vez desde su formación como partido político, el PJ no presentó una candidatura sin que mediara la proscripción.

Finalmente, fue Néstor Kirchner quien resultó electo presidente. Como se ha dicho, Kirchner fue un “presidente inesperado” (Natanson, 2004): marginal en la estructura partidaria del PJ, con un eximio peso territorial propio y con una concepción ideológica que postulaba que el peronismo era demasiado heterogéneo para encarar la reconstrucción del país, avanzó en una política renovadora que no concebía al PJ (ni al peronismo) como el eje de su proyecto reformista. Una vez en el gobierno, Kirchner no tardó en apartarse de Duhalde (quien lo había apadrinado en los comicios de 2003) a partir de una serie de iniciativas que despertaron una reacción favorable en amplios sectores de la ciudadanía (entre las principales de ellas cabe mencionar la promoción del juicio a los miembros de la Corte Suprema, la reestructuración y disminución de la deuda pública, la derogación de las leyes de amnistía que beneficiaban a represores que habían actuado en la última dictadura militar).

La originalidad del presidente residió en llevar adelante dichas medidas con escaso respaldo institucional y sin una fuerza nacional mínimamente organizada (Cheresky, 2006). En efecto, Kirchner desestimó al Partido Justicialista como herramienta de construcción política y planteó a la “transversalidad” como una alternativa superadora de las organizaciones partidarias existentes¹⁵. La transversalidad implicaba la formación de una coalición que sumara a los sectores “progresistas” del PJ, de la UCR y de otros partidos de centro-izquierda, y que incorporara además a movimientos sociales, principalmente movimientos de trabajadores desocupados y el movimiento de derechos humanos. Desde el Gobierno se impulsaba una reorganización del mapa político con la intención de que éste dejara de estructurarse en torno del eje peronismo-antiperonismo y, en su lugar, surgiera un nuevo alineamiento con un ala de centroizquierda, con el peronismo adentro, y otra de centroderecha.

De lo dicho hasta aquí es posible ver las relaciones sumamente complejas que se establecieron entre kirchnerismo y peronismo. En efecto, si algo caracterizó al kirchnerismo en sus primeros años fue su reticencia a emplear

¹⁵ Al respecto véase Torre (2005).

recursos simbólicos caros a la tradición peronista. Quizá la conflictiva relación entablada con su partido de origen sea el ejemplo más ilustrativo al respecto. En contra de lo esperado, luego de ganar las elecciones, Kirchner se negó a asumir la presidencia del PJ (algo que le reclamaba la dirigencia peronista), renegando del “pejotismo” e identificando a su partido de origen como una de las “corporaciones tradicionales” que habían conducido al país a la ruina.

Ahora bien, si en este sentido resultó evidente el distanciamiento de Kirchner con la tradición peronista, en otros aspectos la cuestión era más compleja. El cuestionamiento a las corporaciones, la rehabilitación del rol del Estado, la recuperación de la iniciativa política en abierto desafío a poderosos grupos de interés (como las privatizadas, los titulares de la deuda pública, las jerarquías eclesiástica y castrense, algunas entidades empresarias nacionales), los nuevos vínculos con sectores sociales contestatarios, el aliento a la movilización social, restablecieron una lógica política confrontativa que, con sus idas y vueltas, recuperó para el peronismo la dimensión nacional popular. Lejos del discurso tecnocrático que había hecho furor en la década pasada y que postulaba la implacable subordinación de la acción política a las fuerzas de la economía, el discurso de Kirchner definirá adversarios frente a los cuales la política recobra sentido a favor del “pueblo”.

Uno de esos adversarios “antipopulares” fue ubicado en la década anterior: “los ’90”. La década del ’90 condensa en el discurso kirchnerista una serie de elementos negativos: el neoliberalismo, la desocupación, la desigualdad social, la desindustrialización, la renta financiera, el predominio del capital extranjero por sobre el local. Frente a este *otro* ubicado en la década pasada el kirchnerismo levantó algunas de las reivindicaciones tradicionales del primer peronismo, tales como la soberanía política, la reactivación económica con base en la industria, la inclusión social, el pleno empleo¹⁶. La “justicia social” en clave primordialmente rupturista estaba otra vez a la orden del día. Puede considerarse así que Kirchner reactivó la “alteridad populista”.

Otro adversario del kirchnerismo ubicado en el pasado fue la última dictadura militar. Aquí pueden establecerse algunos paralelos con el alfonsinismo: en efecto, frente a este adversario, el discurso kirchnerista también

¹⁶ Este discurso fue acompañado de un conjunto de iniciativas que le daban credibilidad: el impulso al crecimiento económico, el incremento de las jubilaciones mínimas, el congelamiento en el aumento de tarifas en los servicios públicos, el freno al crecimiento de los precios mediante el control del Gobierno, el restablecimiento de los convenios colectivos de trabajo, entre otras.

remarcará la importancia de las instituciones democráticas, del respeto a los representantes y de los valores republicanos. Al igual que el líder radical, el kirchnerismo enfatizará el valor de los políticos elegidos por el pueblo frente a las corporaciones. Pero a diferencia de Alfonsín, que criticaba el terrorismo de Estado pero también a toda forma de violencia, incluida la practicada por los sectores de izquierda a principios de los '70, Kirchner tendió a identificarse explícitamente con estos últimos y con los organismos de derechos humanos que recuperaban una historia en clave militante de ese pasado.

Ante cada nuevo conflicto que el Gobierno hacía frente, la identificación del adversario con alguna de estas etapas (los '90 o la dictadura), o con ambas, surge inmediatamente. Los ejemplos al respecto sobran, y el lector podrá evocar fácilmente alguno de ellos.

Recién mencionamos algunos elementos que hacían a la reactivación de la dimensión nacional-popular en el discurso kirchnerista; otros elementos de ese discurso introducen la dimensión nacional estatal que tiende, por el contrario, a cerrar el campo de conflictividades; en este sentido se pueden mencionar los llamados de Kirchner a “construir un país en serio” y “una Argentina normal” (Svampa, 2004). Frente al “caos” económico, social y político reinante en los años anteriores (2001-2002) Kirchner invocaba la necesidad de una intervención del Estado para garantizar el “orden” amenazado por la creciente conflictividad social.

Tal como ensayan Eduardo Rinesi y Gabriel Vommaro (siguiendo el trabajo de Aboy Carlés antes mencionado y retomando algunas hipótesis planteadas por Laclau (2005) en su último e influyente trabajo) esta ambigüedad presente en el kirchnerismo es lo que permite calificarlo como *populista*; estos autores afirman que “el populismo contiene en su seno esta doble dimensión: es conflicto y orden, señalamiento de un límite, de una frontera, y vocación hegemónica ‘más acá’ de la frontera. Peronista más habilidoso que lo que podríamos haber estado invitados a creer (...) Kirchner se mueve en esa tensión como pez en el agua” (2007: 460).

Frente al antagonismo que puso en escena el kirchnerismo, la oposición política se recostó en un discurso republicano que apela a la moralidad de las clases medias buscando identificar al kirchnerismo con los “males endémicos” del peronismo, esto es, abusivo control del poder, clientelismo, ataques a la libertad de expresión (sobre todo de prensa), corrupción, etc. Si bien es un proceso aún abierto, hoy por hoy parece claro que el proyecto kirchnerista

inicial tendiente a superar la dicotomía peronismo-antiperonismo encontró una dura resistencia; un reconocimiento del fracaso de la tentativa reorganizadora del mapa político argentino fue la asunción de la presidencia del Partido Justicialista por parte de Kirchner a principios de 2008. El enfrentamiento con las corporaciones agropecuarias a lo largo de todo ese año y principios del siguiente como consecuencia de la imposición de retenciones a las exportaciones a algunos productos agrícolas por parte del Gobierno volcó a la gran mayoría de las clases medias hacia posiciones abiertamente contrarias al oficialismo. Tal como había sucedido en épocas pasadas, el peronismo tiene hoy sus principales bases de apoyo en los sectores populares, encontrando grandes dificultades para ampliar su área social de influencia.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, GERARDO (2004). “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”. En Novaro, Marcos y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa.
- ABOY CARLÉS, GERARDO (2001). *Las dos fronteras de la Democracia Argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens.
- ALFONSIN, RAÚL (1985). Discurso de Parque Norte. En Internet: <http://www.jrprogre.com.ar/docus/Alfonsin%20-%20Parque%20Norte.pdf>
- ALTAMIRANO, CARLOS (2004). “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista”. En Novaro, Marcos y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa.
- CASULLO, NICOLÁS (2007). *Las cuestiones*. Buenos Aires, FCE.
- CHERESKY, ISIDORO (2006). “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político”. En Cheresky, Isidoro, comp., *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo.
- DE IPOLA, EMILIO (1987). “La difícil apuesta del peronismo democrático”. En Nun, José y Juan Carlos Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires, Pontosur.
- GARATEGARAY, MARTINA (2009). “Peronismo y Democracia. La revista *Unidos en el debate*”. En línea: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/garategaray.pdf>

- GONZÁLEZ, HORACIO (2008). *El peronismo fuera de las fuentes*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- GUTIÉRREZ, RICARDO (1999). “Renovación, desindustrialización y neoliberalización del peronismo”. Buenos Aires: Carrera de Sociología. Documento de trabajo N° 4.
- LACLAU, ERNESTO (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, FCE.
- LEVITSKY, STEVEN (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, RICARDO (2009). “Un difícil encuentro. Portantiero y la tradición socialista argentina”. En HILB, Claudia (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- MERKLEN, DENIS (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Editorial Gorla.
- NATANSON, JOSÉ, 2004. *El presidente inesperado*. Rosario, Homo Sapiens.
- PALERMO, VICENTE y MARCOS NOVARO (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires, Norma.
- PUCCIARELLI, ALFREDO (2002). *La democracia que tenemos*. Libros del Rojas, Buenos Aires.
- RINESI, EDUARDO y GABRIEL VOMMARO (2007). “Notas sobre la democracia, la representación y sus límites”. En Rinesi, Eduardo, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (editores). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Prometeo.
- SVAMPA, MARISTELLA (2004). “Las organizaciones piqueteras: actualización, balance y reflexiones (2002-2004)”. En Internet: <http://www.maristellasvampa.net>
- TORRE, JUAN CARLOS ([1989] 2006). *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires, EDUNTREF
- (2005). “La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista”. En *Argentina en perspectiva*, Universidad Torcuato di Tella, Cedit, comp., Buenos Aires, La Crujía.